

do nuevo de almas regeneradas por su Hijo, fundándolo sobre el Verbo, y fundándolo asimismo sobre María. Pero observad también que, al empezar, digámoslo así, esta creación, la suspende de una palabra de los labios de la Virgen, puesto que para esta segunda creación necesitase también un segundo *fiat*. Y el *fiat* de esta segunda creación, ¿quién está llamado á pronunciarlo? Ahora lo veréis, H. M. El Arcángel se presenta á María y le descubre el gran Misterio: «Hé aquí, la dice, que concebirás y darás á luz un Hijo, que será llamado Hijo del Altísimo, *Filius Altissimi*.» Por un instante se muestra la Virgen asombrada é indecisa, y entretanto queda en suspenso todo: el Cielo aguarda, aguarda la tierra, aguardan los hombres, el Arcángel aguarda... ¡Oh! el mismo Dios aguarda también. Sale, por fin, la palabra creadora de los labios de María: *Ecce ancilla Domini*, hé aquí la esclava del Señor; *fiat*, hágase según tu palabra. ¡*Fiat!* Al sonido de esta palabra, con la rapidez misma de aquella luz que estalló por el poder del primer *fiat*, el Verbo desciende y la Encarnación se realiza: *Et Verbum caro factum est*. Así, dice San Bernardo, es cómo la Virgen María, con su consentimiento, ha obrado verdaderamente la salud del mundo.

Pero asociada María desde el principio, tiene que estarlo hasta el fin. La carne de Jesucristo que ha de obrar la salud del mundo, ha de obrarla por los padecimientos, siendo despedazada, ensangrentada, y por último sacrificada. Fijad la vista en el Calvario, H. M., y contemplad al Salvador. Preciso ha sido que quedara así parado, con el fin de justificar su nombre. Salvador se llama, y es necesario que se convierta en «Varón de dolores.» Contemplad al Padre del siglo futuro.... Pero ¿dónde está la Madre? Ahí vemos al Reparador; ¿dónde se encuentra la Reparadora? Si me hacéis esta pregunta, H. M., porque veis en la Cruz á Jesucristo solo, mirad al pié de ella, sobre el Calvario, y descubriréis una Mujer triste, afligida, desconsolada, como la personificación de la amargura. Esa es la Madre del siglo futuro. Mirando está á la divina Personificación del padecer, y es mirada por el que la representa. Con este mutuo mirarse, todos los padecimientos del Hijo pasan al corazón de la Madre, á fin de que, siendo Jesús el Varón de los dolores, sea también María Madre de los dolores: *Stabat Mater dolorosa*. Y lo es en efecto: sumergida en un océano de aflicciones, óigola repetir el *fiat* de la segunda creación. ¡*Fiat!* ¡Oh! Sí, Hijo mío, hágase así, ya que para salvar al mundo es absolutamente necesario padecer. ¡Hágase así! Tú, Hijo de mis entrañas, eres Padre del siglo futuro por tus tormentos, por tu Pasión; yo seré Madre de él por mis dolores, por mi compasión.

Pero así como el ministerio de Jesucristo no terminó en el Calvario, así tampoco terminó allí el ministerio de María. La carne y sangre que han rescatado al mundo, tienen que rescatarlo y regenerarlo continuamente. Después de realizarse el misterio del Calvario, sigue María asociada á su Divino Hijo, tanto, que en todas partes se la ve con Él. Yo la veo en nuestros *Sacramentos*, en nuestro *apostolado* y en nuestras *festividades*; triple medio de perpetua regeneración.

María se ve en nuestros Sacramentos. Cuando administramos el Bautismo, venimos á decir: *En el Nombre del Padre*, de quien María es Hija; *en el Nombre del Hijo*, de quien María es Madre; *en el Nombre del Espíritu Santo*, de quien María es Esposa. En el tribunal de la Penitencia, usando de la propia fórmula, vertemos sobre el pecador regenerado la sangre de Nuestro Señor Jesucristo. Y vosotros todos, cuando os acercáis á la Mesa de los Angeles para recibir el Cuerpo de Jesús, tenéis muy presente que tocáis la carne de María, pues con razón se ha dicho: *Caro Christi, caro Mariæ*; la carne de Cristo es carne de María. Y nosotros, Ministros del altar, cuando tenemos la víctima en nuestras manos, ¡ah! ¿qué hacemos sinó perpetuar el gran sacrificio del Calvario, donde María, lo mismo que su Hijo, fué al propio tiempo víctima y sacrificadora?

María se ve en nuestro apostolado como los Apóstoles; triunfa de las herejías como los Apóstoles; destierra el error como los Apóstoles; mata, en fin, en las almas el pecado y salva á los pecadores. Tantos ejércitos como hay de Apóstoles que traen por distintivo el nombre de Jesús, otros tantos ejércitos de Apóstoles hay que traen por distintivo el nombre de María. Así como por todas partes observáis al apostolado católico combatir y triunfar bajo la bandera del Dios de las batallas, así también por todas partes veréis al apostolado católico combatir y vencer bajo la enseña de María Santísima.

Por eso la Iglesia católica posee un sentimiento tan íntimo de la asociación de María al Misterio de la Redención, que siempre y en todas partes la menciona en los Misterios de su Hijo, celebrando festividades, digámoslo así, paralelas á las festividades con que honra á Jesucristo. Un día conmemoramos la divina Concepción de Jesús, y otro hacemos memoria de la milagrosa Concepción de María. Si el Universo católico saluda la Natividad del Divino Libertador, también el Universo católico saluda la Natividad de la Virgen Libertadora. Como hay fiesta de la Presentación de Jesús, hay fiesta de la Presentación de María; y como hay Pasión de Jesús, hay Compasión de María. A la muerte de Jesús corresponde la muerte de María; á la Resurrección de Jesús, la Resurrección de María. Para acabar: la fiesta con que se celebra la Ascensión al Cielo del Reparador divino, después de acabada su obra, *ascendit Deus in júbilo* (Ps., XLVI, 6), tiene su correspondiente en la fiesta con que se celebra la Asunción gloriosa de María al Cielo: *Assumpta est María in celum*. Y con razón celebra la Iglesia aquel memorable día en que las celestes falanges asombradas de la nunca vista claridad que subía de la tierra al Cielo, se preguntan mutuamente: *Quæ est ista quæ ascendit de deserto* (CANT., VIII, 5). ¿Quién es esta criatura que sube del desierto rodeada de tanta santidad? Digno es de conmemoración aquel día venturoso en que el Reparador divino, al ver llegar á su Madre, bajó de su Trono, y tomándola de la mano, la dijo con una benevolencia que hizo estremecer de amor á todo el Cielo: «Madre mía: venid, venid y seréis coronada. Conmigo padecisteis; conmigo fuisteis humillada; justo es que seáis glorificada;

justo es que seáis poderosa. Sí, Madre mía; quiero colocar en vuestras sienes la diadema de mi Imperio, y poner en vuestra mano el cetro de mi Omnipotencia.» He nombrado sin pensar la tercera prerogativa de la Santísima Virgen; esto es, el poder. Digamos algo acerca de este punto.

PUNTO TERCERO.

GRANDEZA DE MARÍA EN SU PODER.

Pocas palabras emplearé, A. H. M., para exponer el por qué del poder de María, qué es, y dónde está ese poder; de otro modo, la *razón*, la *naturaleza* y el *teatro* del poder de la Santísima Virgen.

¿Cuál es la razón de este poder? No creo inútil explicarlo, porque es más que probable que no todos lo comprendan.

1.º Así como á toda dignidad, según dijimos, corresponde un ministerio que la manifieste, también todo ministerio necesita un poder; porque si la dignidad sin ejercicio es una dignidad sin objeto, el ejercicio sin poder es un ejercicio sin eficacia. Habiendo sido elevada María Santísima al más alto ministerio y á la más alta dignidad, la correspondía un poder igual á su dignidad y á su ministerio. La dignidad, pues, de María, es la razón de su poder. Entiéndase que esa dignidad no es otra que el ser Madre de Jesucristo. Por toda la eternidad podrá María decir á Jesús: Tú eres mi Hijo; y por toda la eternidad podrá decir Jesús á María: Tú eres mi Madre. Ahora bien: de esta relación que ni la eternidad misma puede interrumpir, resulta que la Santísima Virgen es poderosa, puesto que posee el poder de inclinar al que es todopoderoso. ¿Cómo puede hacer éso? preguntaréis. Por el derecho de Madre y por el amor de Madre. Con estas dos raíces profundísimas, sujeta, por decirlo así, el poder de su Hijo en términos que, interponiendo su derecho y su amor maternal, hace que se incline la voluntad y el afecto de su Hijo. ¿Podría ser de otro modo? ¡Tán grande es la consonancia que existe entre la voluntad del uno y la voluntad del otro; tán profunda la simpatía entre ambos corazones!

2.º La segunda razón del poderío de la Virgen es su ministerio. Podrá preguntarse: ¿cómo se puede comprender que la Virgen sea poderosa? A quién tal pregunta me hiciese, preguntaría yo á mi vez; ¿cómo puede comprenderse que María no sea poderosa? Pues qué, Dios que en la primera creación puso orden y armonía, ¿habrá querido privar á su creación segunda de armonía y orden? El más elevado ministerio sin poder, sería en la Santísima Virgen una falta, una contradicción palpable. Nó; Dios, que al conceder al más insignificante de los seres una facultad cualquiera, le concede también el poder necesario para ejercitarla, no encomendaría á la Santísima Virgen el

más alto ministerio sin otorgarla poder para desempeñarlo. María, que tuvo la facultad de operar con Jesucristo la salvación del mundo, sirviendo de canal al torrente que se esparció por todo el mundo, no puede dejar de tener ahora participación en cuanto se encamina al mismo objeto, y sirve para bien del hombre; de ningún modo ha de imaginarse que la Virgen Santísima haya sido relegada á las profundidades del Cielo con una majestad sin poder, con una dignidad de mero aparato. Esto es imposible. La fe se opone á semejante concepto; la razón lo contradice; Dios mismo lo niega. La Virgen ha menester un poderío igual á su dignidad y á su ministerio.

¿Y qué viene á ser ese poderío? Hé aquí la contestación en solas dos frases: El poder de María es grande por su elevación, y es grande por su plenitud.

1.º Como hay gerarquía en el ministerio, hay gerarquía en el poder. Todo aquel que posee una facultad relativa al mundo físico, tiene el poder de obrar sobre los cuerpos; todo aquel que posee una facultad moral, tiene el poder de obrar sobre el alma; luego todo aquel que posee una facultad sobrenatural, debe tener un poder sobrenatural, es decir, el poder de obrar sobre los cuerpos y sobre las almas, con exención del dominio de la naturaleza. De estos tres poderes, el primero está debajo, el segundo en medio, y el tercero en lo más alto. Comprendido ésto, se comprende también perfectamente que el poder de la Virgen es el sobrenatural; el de obrar sobre las almas, y obrar en un orden que no es de ningún modo el orden natural. Más aún; compréndese que María es en este orden la primera, en razón á que su poder es el más alto.

2.º Y sobre esto tiene María Santísima la más grande plenitud, por estar asociada al poder, como lo está á la dignidad y al ministerio; y porque en su asociación á la dignidad no reconoce límites, así como tampoco en su asociación al ministerio. ¿Y por qué había de tener límites en su asociación al poder? Cuando se trata de definir el poder de la Santísima Virgen, hállase con toda claridad que la medida de su poder es el no tener medida. No nos fatiguemos con discursos de difícil comprensión, y atengámonos únicamente á que nuestra Santísima Madre María es omnipotente; no con una omnipotencia innata, sinó con una omnipotencia comunicada; es omnipotente, no por naturaleza, sinó por gracia; es omnipotente, no en su dominio, sinó en su intercesión; distinguiendo de este modo el origen del poder de María, se entiende que San Agustín, con su gran penetración, equiparara el poder de la Virgen al de Dios, al exclamar de lo hondo de su encendido pecho: «¡Oh Virgen! todo lo que Dios puede por su voluntad, lo podéis Vos con vuestro ruego.»

Si preguntáis ahora cuál es el lugar en que tan gran poder se ejerce, os responderé con una sola reflexión: escuchad. Dios ensalzó á su Hijo dándole un nombre sobre todo nombre, á fin de que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el Cielo, en la tierra, y en el abismo. Aquí tenéis, A. H., la jurisdicción y el espacio del poder de Jesucristo.

¿Qué queréis saber ahora? ¿Cuál es el teatro y el término jurisdiccional del poder de María? Oídlo: es el mismo término, y el mismo teatro del poder de Jesucristo. ¿Lo dudáis? Reflexionad solamente que el poder de María es la comunicación del poder de Jesucristo, como que los Angeles, los hombres, y los demonios son sus súbditos. En el Cielo reina María con el atributo de la majestad que manda; en la tierra es Madre, teniendo por atributo la bondad que protege; en el infierno es triunfadora, con la fuerza por atributo; la fuerza que vence y destruye al enemigo. Los Angeles la miran, míranla también los hombres, y los demonios ponen asimismo la vista en ella. Todos á su manera la glorifican. Los Angeles dicen: ¡Oh Dios! Verdaderamente es María nuestra Reina; conocemos su majestad en el mando que sobre nosotros ejerce. ¡Oh Dios! exclaman los hombres; verdaderamente es María nuestra Madre; conocémosla en la bondad con que nos protege. Los demonios á su vez gritan: ¡Oh Dios! verdaderamente esa mujer es nuestra enemiga; pero enemiga nuestra victoriosa; bien la conocemos en la fuerza y el poder con que nos quebranta. ¿Veis ahora, H. M., cuán cierto es que, lo mismo que al nombre de Jesucristo, toda rodilla se dobla en el Cielo, en la tierra, y en el abismo, al nombre de María?

He presentado la grandeza de la Virgen resumida en su dignidad, en el ejercicio de esta dignidad, y en su poder: ¿necesitaré haceros observar aún que mi objeto no ha sido provocar en vosotros una estéril admiración? Creo que nó; porque os supongo sabedores de que la grandeza de nuestra Santísima Madre impone á sus hijos la necesidad de cumplir los deberes que les corresponden.

María es grande por su dignidad. ¿Y qué exige de vosotros esa dignidad? Respeto; porque el respeto significa reconocimiento y confesión voluntaria de la dignidad. Respeto, pues, de vuestra parte, á la inmaculada Virgen, á la Madre de Dios. Respeto al pronunciar las santas palabras con que la Iglesia Católica perpetúa la salutación del Angel Gabriel. Decid *Ave María* sin olvidar que alabáis la más alta dignidad que, después de Dios, existe; y sobre todo, no deis cabida al pensamiento de avergonzaros de repetir palabras que se honró de pronunciar el más grande embajador de los Cielos.

María es grande por su ministerio. El ministerio de María es salvar, y el ministerio de salvar pide amor de parte de los favorecidos. ¿Rehusaréis vuestro amor al Salvador divino? Nó seguramente. Pues bien, ¿por qué habéis de negar vuestro amor á María, asociada al ministerio del Salvador? Y cuenta que vuestra Madre Santísima os salvó, nó con palabras, sinó con abnegación y sacrificios; motivo por el cual debéis atestiguar vuestro amor de hijos, con sacrificios y abnegación.

María en fin es grande por el poder. Lo que el poder exige principalmente es confianza; porque la confianza supone poder, confianza tanto más grande, cuanto mayor es el poder en que se funda. ¿Os atreveréis, H. M., á dudar del poderío de la Virgen, osando en consecuen-

cia provocarlo? ¡No lo permita Dios! Tenéis en el Cielo una Madre á quien se ha comunicado la omnipotencia; una Madre bondadosa que quiere protegeros. ¡Ah! ¡Cuando medito sobre ese poder de reinar, de proteger y de vencer, concedido á mi excelsa Madre, exclamo lleno de enternecimiento: ¡Feliz el alma que confía en su Madre; feliz, porque no perecerá! ¡Dichoso el pecador que se acuerde de su Madre; dichoso, porque pudiendo aún en la hora de su mayor bajeza, de sus más hondas debilidades, encontrar en su corazón el poder llamar á su Madre, no debe perecer! ¡Confianza, pues, pecadores, porque seréis salvos, quebrantando por medio de María la cabeza á la serpiente! Vuestra victoria por la Virgen sobre Satanás será un nuevo testimonio de que María Inmaculada, siendo Madre de Dios, sigue siéndolo siempre de los hombres.

P. FELIX.